

## ***Materiales de discusión: Biopolítica, ¿bioguerra***

*Esta sección incluye trabajos en estado de elaboración y debate en el interior del **Grupo Acontecimiento**. Es nuestra intención extender la discusión a los lectores de la revista con el objeto de promover y ampliar el debate teórico, enriquecer las líneas de análisis y avanzar en la producción de textos colectivos.*

La unión de las palabras *vida* y *política* para construir el nombre de una política – la *biopolítica*– es una operación riesgosa

La objeción principal estriba en que, como consecuencia de esa unión, el término *política* queda involucrado o para señalar un procedimiento por el cual el poder del Estado se apropia de los cuerpos biológicos de las personas, o para disolverse bajo la idea de que la existencia social en su conjunto es un efecto inmanente de la productividad de la vida. Una vez establecido ese vínculo queda abierta la posibilidad de darle distintas direcciones a su significación, pero ninguna de ellas puede fundar nada que tenga que ver con las necesidades de las políticas de emancipación.

El término *biopolítica* está canonizado como formando parte de la obra de M. Foucault. Así se lo considerará, al margen de si es correcta o no esta paternidad. Para Foucault “*Durante milenios el hombre siguió siendo lo que era para Aristóteles: un animal viviente y además capaz de una existencia política; el hombre moderno es un animal en cuya política está puesta en entredicho su vida de ser viviente*”. Esta modernidad biológica de una sociedad se comienza a edificar cuando la especie y el individuo, en cuanto puro cuerpo viviente, se convierte en el objetivo de las estrategias del poder político. Es el momento del paso del “Estado territorial” al “Estado de población” en donde toma gran importancia la vida biológica y el “gobierno de los hombres”. Foucault abandona el modelo jurídico-institucional para comprender la teoría del Estado y se recuesta en el análisis de las distintas *técnicas políticas y tecnologías del yo*, para estudiar cómo el poder moderno penetra en el cuerpo y modela la subjetividad de los hombres. “*El resultado de ello es una suerte de animalización del hombre llevada a cabo por medio de las más refinadas técnicas políticas*”.

En esta postura se advierte que la *biopolítica* es el nombre para una estrategia de dominación por parte del poder del Estado. Pero si partimos del principio de que el Estado está ligado a la política, pero que no es *esencialmente* político en cuanto a su capacidad de producir políticas de emancipación (políticas de ruptura), debemos concluir que el término “política” es confuso en el interior de la conjunción *biopolítica*. Pero inmediatamente se precipita un problema decisivo que aún está muy lejos de haberse resuelto y que podría enunciarse así: ¿debemos reservar el nombre de *política* únicamente a las políticas de *emancipación* y durante todo el tiempo en que esté realmente activa esa capacidad? O, dicho de otra manera, ¿merecen el nombre de *política* las políticas restauradoras y *criminales*, como el nazismo por ejemplo? También cabría plantearlo así: ¿el nazismo fue una *gestión* criminal o una *política* criminal?

En principio, llamaremos política sólo a la que emancipa. Si la invención política de la que somos contemporáneos afirma su autonomía y su distancia del Estado entonces habrá que buscar *otro* nombre para las “políticas” dependientes del poder del Estado y el gobierno de la sociedad. Hoy a esas “políticas” las designamos con el nombre de *gestión*. Pero bien podría ser que el término *gestión* designe únicamente el recubrimiento por parte del Estado del campo de la política ante la inexistencia, precisamente, de políticas emancipatorias, pero eso no sería impedimento para que también emerjan en ese campo políticas criminales. Esto no es una cuestión retórica sin efectos reales en las prácticas políticas actuales y futuras. Es una cuestión *nueva* que se instala en el interior del pensar-hacer la política desde el momento en que se decide refundar la política bajo las condiciones siguientes: a) ser una invención subjetiva; b) ser un proceso singular y autónomo; c) construirse a distancia del Estado.

El problema es candente y estamos lejos de su elucidación y de las consecuencias que traerá aparejadas. Para seguir las líneas de este trabajo es suficiente con tener conciencia de esta dificultad y ubicarlo en la decisión ya tomada que inscribe el término política sólo a la que emancipe.

Para Giorgio Agamben la vinculación de la política con la vida *“constituye el acontecimiento decisivo de la modernidad, que marca una transformación radical de las categorías políticas-filosóficas del pensamiento clásico”*. Mucho más audaz, proclama que los enigmas de nuestro siglo (el nazismo es sólo el más inquietante) sólo podrán esclarecerse en el ámbito de la biopolítica porque allí se forjaron. *“Únicamente en un horizonte bio-político se podrá decidir, en rigor, si las categorías sobre las que se ha fundado la política moderna (derecha/izquierda; privado/público; absolutismo/democracia, etc.), y que se han ido difuminando progresivamente, hasta entrar en la actualidad en una auténtica zona de indiferenciación, habrán de ser abandonados definitivamente o tendrán la ocasión de volver a encontrar el significado que habían perdido precisamente en aquel horizonte. Y sólo una reflexión que, recogiendo las sugerencias de Benjamin y Foucault, se interrogue temáticamente sobre la relación entre la nuda vida y la política, que rige de forma encubierta las ideologías de la modernidad aparentemente más alejadas entre sí, podrá hacer salir a la política de su ocultación y, a la vez, restituir el pensamiento a su vocación práctica”*. Quiere decir que Agamben detecta que la relación, y sus avatares, entre la nuda vida (bío) y la política es la clave secreta para decodificar la política moderna que los campos de exterminio sacarían finalmente a la superficie. Dice *“...las implicaciones de la nuda vida en la esfera política constituyen el núcleo originario -aunque oculto- del poder soberano. Se puede decir incluso, que la producción de un cuerpo biopolítico es la aportación original del poder soberano. La biopolítica es, en este sentido, tan antigua al menos como la excepción soberana. Al situar la vida biológica en el centro de sus cálculos, el Estado moderno no hace, en consecuencia, otra cosa que volver a sacar a la luz el vínculo secreto que une el poder con la nuda vida, reanudando así (según una correspondencia tenaz entre moderno y arcaico que se puede encontrar en los ámbitos más diversos) el más inmemorial de los arcaica imperii”*.

Tanto en Foucault como en Agamben la simbiosis entre vida y política no es portadora de otra cosa que no sea un desastre para la idea de una política de emancipación. Es, en diferentes niveles de análisis, la simbiosis sobre la que el poder

del Estado asume las más cruentas formas de dominación contemporáneas. También resulta evidente que en esta concepción el término *política* es perfectamente sustituible por el de *poder*, lo que permite la siguiente ecuación: biopolítica = biopoder.

Por su parte, Toni Negri muestra las limitaciones del concepto de biopolítica en Foucault señalándole que descuida la dimensión *productiva* del biopoder. Lo acusa de no haber comprendido *“la dinámica real de la producción que tiene lugar en la sociedad biopolítica”*. En este aspecto, confiesa Negri, se siente más cerca de Deleuze-Guattari quienes dan una versión del biopoder que *“se asienta sólidamente en la cuestión de la producción del ser social”*. Pese a todo, ese acuerdo es relativo, puesto que Negri les objeta a Deleuze-Guattari que si bien descubren *“la productividad de la reproducción social (la producción creativa, la producción de valores, las relaciones sociales, los afectos, los devenires) terminan articulándolos sólo de un modo superficial y efímero, como un horizonte caótico, indeterminado, caracterizado por un acontecimiento inasible”*. Como quiera que sea la postura de Negri se define por reinsertar el concepto de biopolítica en el interior de la maquinaria de la producción social, y de esa manera le da una jerarquía ontológica. Así lo dice: si el contexto biopolítico se reubica *“nuevamente en la ontología de la producción, podremos identificar la nueva figura del cuerpo biopolítico colectivo (...) Este cuerpo llega a constituirse en estructura, no negando la fuerza productiva originaria que lo anima, sino reconociéndola; llega a hacerse lenguaje (tanto científico como social) porque está compuesto de una multitud de cuerpos singulares y determinados que procuran relacionarse entre sí. Este cuerpo es pues producción y reproducción, estructura y superestructura, porque es vida en el sentido más pleno de la palabra y es política en el sentido más apropiado. Nuestro análisis debe descender a la jungla de las determinaciones productivas y conflictivas que nos ofrece el cuerpo biopolítico colectivo”*.

Esto marca una diferencia fuerte con las dos posiciones anteriores, puesto que aquí la *vida* es una sustancia ontológica que unida al *poder* lo transforma en una *potencia inmanente* de la cual, finalmente, dependen los procesos tanto de la producción como de transformación revolucionaria de la sociedad.

Paolo Virno, reconociendo el carácter equívoco del término biopolítica intenta fijarlo vinculándolo con la apropiación de la capacidad para trabajar (el trabajo abstracto) que realiza el capitalista. Parte de la diferencia que realizó Marx en *El Capital* y en los *Grundrisse* entre el trabajo como pura capacidad (*dynamis* o *potentia*) y su realización concreta en tal o cual actividad. Decía Marx que *“quien dice capacidad de trabajo no dice trabajo, como quien dice capacidad de digerir no dice digestión”*. Quiere decir que el capitalista compra algo no “tangible” como es esta capacidad que Marx define como *“la suma de todas las aptitudes físicas e intelectuales existentes en la corporeidad”*. Desde estas premisas Virno concluye lo siguiente: *“Las características paradójicas de la fuerza de trabajo (algo de irreal, que, sin embargo, es vendida y comprada como cualquier mercancía) son las premisas de la biopolítica. Para darse cuenta es conveniente ahora una inclusión argumentativa. En los Grundrisse Marx escribe que ‘el valor de uso que el obrero ha de ofrecer [en el intercambio con el capitalista] no se materializa en un producto, no existe fuera de él, no existe realmente más que como camino posible, es decir, como su capacidad’ (...) Se*

*ve el punto decisivo: allí donde se vende algo que existe sólo como capacidad, este algo no es separable de la persona viviente del vendedor. El cuerpo vivo del obrero es el substrato de aquella fuerza del trabajo que, de por sí, no tiene existencia independiente. La 'vida', el puro y simple bíos adquiere una importancia específica en cuanto tabernáculo de la dynamis de la simple potencia".*

Así, la biopolítica es un efecto o reflejo de un hecho primario –histórico y filosófico– que consiste en la compraventa de la potencia en cuanto potencia. Virno concluye que la fuerza de trabajo es el lugar “*en donde se compendian todas las diversas facultades o potencias del animal humano*” y que por lo tanto no designa una facultad específica, sino “*el conjunto de las facultades humanas en cuanto ellas son incorporadas a las praxis productivas. 'Fuerza de trabajo' no es un nombre propio sino un nombre común*”. Como consecuencia de esto habrá biopolítica allí donde emerja al primer plano, a la presencia inmediata de la experiencia, todo lo referido a “*las dimensiones potenciales de la existencia humana: no la palabra dicha sino la facultad de hablar como tal; no el trabajo cumplido sino la capacidad genérica de producir*”. La irrupción en la superficie de lo *común* que antes se encontraba “oculto” como capacidad inmaterial es lo que traduce, casi como un revelador, el término biopolítica. Aquí parece lícita la sustitución del término *bío* por *potencia*. Tendríamos entonces: biopolítica = potencia-política.

De este somero viaje para presentar el tema de la biopolítica, es posible sacar una primera conclusión. Hay un registro (que es el de Foucault-Agamben) en el que la biopolítica se presenta como una forma de control y dominación que hay que destruir. Para el primero, porque es la forma contemporánea por medio de la cual el poder del Estado ejerce el control social y, para el segundo, por ser el hilo secreto alrededor del cual se constituyó el pensamiento político moderno que llevado a su clímax desemboca en la figura de la *nuda vida* que emerge de la experiencia de los campos de exterminio, los campos de refugiados, los campos de internación de ilegales, etc. En otro registro se sitúan Negri y Virno. Para ellos, que la *vida* se enlace con la *política* es la simple consecuencia de que la potencia inmanente de la vida, en su función ontológica, hoy cubre todos los aspectos de la existencia productiva social e individual y habiendo derribado todos los viejos compartimentos tiende a encarnarse en una fuerza desligante cuyo nombre, aún confuso, es el de multitud.

En el primer encuadre es lícito sustituir en el término “bío-política”, *política* por *poder*, y así tenemos *biopoder*; en el segundo caso lo que está autorizado es la sustitución de *bíos* por *potencia*, con lo que obtenemos *potencia-política*. De aquí en más, estos dos términos serán usados para identificar a estas dos corrientes *principales* en lo concerniente al significado de biopolítica.

La idea, que quedó planteada al comienzo, de que el Estado pierde su capacidad política desligante, es una novedad que forma parte de la invención política contemporánea. La situación que ha desencadenado la exploración de nuevos caminos para las políticas de emancipación está fuertemente marcada por el desastre de la experiencia estatal del socialismo. Digamos que, al margen de las secuencias internas que la periodizan, el comunismo fue la doctrina laica más potente en lo referente a un proyecto de liberación de la humanidad que se esterilizó al hacer del Estado el eje y el lugar fundamental de esa liberación.

Si el Estado deja de ser un ente político y las nuevas experiencias políticas emancipatorias se construyen a distancia de él, entonces se hace necesario pensar una *nueva teoría política acerca de la naturaleza del Estado*. En esa dirección podemos adelantar algunas ideas. Las *funciones* fundamentales del Estado son dos: 1) re-asegurar, como garante, la repetición del orden establecido cualquiera sea éste; 2) re-presentar en las figuras conocidas de su repertorio toda novedad política que escape a los reconocimientos que ya tiene codificados.

Para cumplir con esta tarea le son imprescindibles cuatro *condiciones*.

- a) Si bien se sostiene que el Estado no es en sí mismo político, sin embargo *siempre ejerce sus funciones en nombre de una política*. Las políticas funcionales al Estado son aquellas que lo toman como el referente principal y el único lugar en el que se acumula el poder. A esas posiciones ideológicas se llamarán *políticas de Estado o estatales*. Siempre teniendo en cuenta la reserva hecha al principio sobre la pertinencia de llamar política a estas “políticas”.
- b) Mantener siempre una *vinculación estrecha con la legalidad del modo de producción vigente*. Su función de sostén y administrador de las relaciones sociales establecidas así lo exige.
- c) Su relación con el andamiaje jurídico de la legalidad y la Ley hace necesario que su rol tenga el carácter de *universal*. El Estado se presentará siempre invocando su capacidad de ser el Estado de todos y no de una parte. Regirá a las partes pero en nombre de una totalidad.
- d) Monopolio del uso de la fuerza en el que descansa, *en última instancia*, su poder.

Estas condiciones tienen un variado juego de dominancias y desplazamientos entre sí que van tiñendo las diversas contingencias y coyunturas reales que diferencian sus maneras particulares de existir. *Pero el factor fundamental de referencia para medir estas variaciones estriba en la existencia o no de políticas de emancipación*. Conviene entonces, declarar qué se entendería por política de emancipación. Sostengamos que una política es emancipatoria si cumple, al menos, dos requisitos: 1) se emancipa de las formas políticas precedentes, es decir, puede pensar lo que anteriormente era imposible de pensar, fundando así una nueva forma de pensar-hacer la política; 2) basa todas sus propuestas en coherencia absoluta con el principio igualitario. El principio igualitario reza: *todos los hombres son iguales*.

Con mucha prudencia, podemos caracterizar, *en general*, esta etapa como marcada por el momento final de un largo período, que comienza con el retiro norteamericano de Vietnam y la inmediata invasión imperialista de este país a Camboya (1974-76), en el que las políticas emancipatorias vigentes se hacen funcionales al sistema general de la sociedad capitalista, o incapaces de subvertirla, y no aparecen nuevas políticas de ruptura. Muchos han llamado a este período como el del *retiro de la política*. Hoy hay más que suficientes experiencias de actos y pensamientos que se inscriben en la necesidad de abrir una nueva secuencia histórica de las políticas de emancipación.

La falta de políticas de emancipación produce efectos incuestionables en las cuatro condiciones que señalamos en relación al Estado. *Hoy resulta indudable una tendencia que marcha en el siguiente sentido:* A) Cada vez disminuye más la necesidad en el seno del Estado de instrumentar sus funciones en nombre de una política, ese lugar discursivo va quedando desplazado por figuras que no corresponden tradicionalmente al contenido intrínseco de la política: eficiencia, administración, saber, el bien, el mal, terrorismo, liderazgo, etc. A lo sumo se mantiene una vaga referencia a sistemas como la “democracia”. B) Lo dicho en el punto anterior es solidario con la irrupción en todos los ámbitos propios de las funciones estatales de la legalidad propia de las relaciones socioeconómicas dominantes. Para decirlo de una manera más simple: una mercantilización del Estado. C) La universalidad del Estado se va debilitando. Esto se refleja en la opinión pública como una “desaparición o debilitamiento” del Estado en la vida de las naciones. No es que el Estado se “retire” sino que hay un desplazamiento interno en la dominancia o subordinación de sus condiciones. La desprotección del habitante es una consecuencia de que la legalidad va perdiendo su horizonte de generalidad para volcarse a lo que se llaman “régimenes especiales”. Un ejemplo de ello es la proliferación de los decretos de necesidad y urgencia y el pedido generalizado del ejecutivo, en casi todos los estados del mundo, de poderes especiales de decisión por encima de las cámaras o asambleas legislativas que son tradicionalmente las garantes de la igualdad universal del ciudadano ante la ley. D) El monopolio de la fuerza sufre un doble efecto: por un lado su uso queda sin la tradicional cobertura o sustento en una política; por el otro se produce una fuerte segmentación (seguridad y policías privadas, mafias aliadas a las fuerzas de seguridad, contratación privada de fuerzas públicas de seguridad, etc.).

Podemos suponer que estos son los efectos que operan en el aparato del Estado como consecuencia de no existir, por más de un cuarto de siglo, políticas de emancipación. No son las únicas posibilidades. Por el contrario, hay un gran número de alternativas y combinaciones posibles que seguramente serán puestas de relieve en función de las características situacionales de cada país. Sólo fue descrito el movimiento general. Pero debe remarcarse la idea de que se intenta *hacer un examen político del Estado desde una política de emancipación cuyos pocos enunciados y escasas experiencias damos por válidos y actuamos en consecuencia*. Dentro de esa validez presupuesta, este trabajo quiere diferenciarse de otras posturas que intentan deducir su praxis política de un análisis multidisciplinario de la marcha real de la sociedad y el mundo en su conjunto. Primero el diagnóstico (multidisciplinario) y después la receta (política). En el interior de la política que intentamos practicar, en fidelidad a su autonomía con respecto a “la sociedad”, pensamos que el único lugar válido para un análisis de la situación política es desde el interior de una política de emancipación, por más precaria que ella sea. Y no será lo mismo el Estado con o sin la existencia de dichas políticas.

Siempre bajo la reserva hecha de calificar como “política” a la política del Estado, las políticas con las que recubre su accionar procede de dos fuentes: una, se nutre de las políticas que habiendo tenido una capacidad de ruptura o de emancipación concluyen su ciclo incluyéndose de lleno en la dinámica social, girando como alternativa disecada en torno al Estado y respetando sus profundas reglas de juego; otra, son híbridos que juntan las tradiciones de esas antiguas políticas disecadas con repertorios puntuales sacados de las coyunturas que remiten a lo más restaurador y

primitivo que forma parte de la conservación de la especie, junto con los andamiajes de figuras y *slogans* mediáticos, etc. (popularmente llamada política-espectáculo).

Las consecuencias que estamos anotando en el comportamiento del Estado son fundamentales para las políticas de emancipación. Porque una política que no pueda eludir la maquinaria y las coartadas que presenta el Estado como *máquina destinada a impedir la circulación de las políticas de emancipación*, está condenada al fracaso. Por lo tanto, tenemos que preguntarnos, ¿qué dispositivo ha desplegado el Estado en esta coyuntura para decapitar de entrada toda posibilidad de una nueva radicalidad en política? ¿Qué juego nos propone y que nosotros tenemos que combatir *abriendo en su interior otro juego*?

El resultado general de los desplazamientos operados *como efecto de la falta de políticas de ruptura activas*, en especial la sustitución de la lógica política-pública del Estado por la legalidad de la producción económica (capitalista), es haber puesto en primer plano el tema central de la *vida*. Después de un largo rodeo, volvemos nuevamente al tema de la bio-política. Que la supervivencia sea el motivo esencial y determinante de cualquier política es lo que llamamos *biopolítica*.

Pero la vida biológica no viene sin su reverso inescindible: la *muerte*. Y esta pareja precipita inmediatamente que la fuerza del poder del Estado se vuelque sin ropaje alguno al otro gran tema central: la *seguridad*. *Vida/muerte y seguridad, es el nudo de la biopolítica*. Cuando el Estado, por los motivos señalados, instrumenta su acción de tal forma que la supervivencia y la seguridad constituyen el horizonte central de toda decisión “política”, se abre el espacio de la *barbarie*. Lo mortífero de este dispositivo es que atrapa tanto al que destruye la vida (cualquiera sea su método) como aquél que *subordina toda su pensamiento y su acción a defenderla*, por que entiende que toda política posible debe basarse en el reconocimiento de que *la vida es un valor sagrado*. Así como en la década de los ochenta para poder pensar algo nuevo en política había que pasar por la prueba de soportar el estigma de “antidemocrático”, hoy, para seguir construyendo lo que ya se ha logrado es necesario *atravesar el principio básico de toda política fascista (bárbara): primero la vida*.

De la misma manera que la crítica a la democracia-representativa-partidista no implicaba de ninguna manera apoyar los regímenes militares y dictatoriales, habrá que aclarar que estar en contra de que la vida biológica sea el centro que organice el sentido de toda política, no significa, obviamente, que se sea indiferente la muerte masiva de la gente, ya sea por la economía capitalista neoliberal, la represión o cualquier otro motivo. Lo que se quiere decir es sencillamente que la idea de *vida biológica*, y todo lo que de ella depende, debe ser erradicada de la política si ésta quiere ser de emancipación. Si hay algo de lo que puede enorgullecerse la *humanidad* del hombre es la posibilidad de entregar su propia vida en defensa de un principio o de un ideal. Pues bien, la lógica del capitalismo mundial que hoy inunda la política ha logrado invertir esa donación: todo principio o ideal debe reducirse a conservar la vida.

Se deberá insistir en un punto fundamental. Que el Estado, subordinado a la ley del capital, haya puesto a los pueblos en forma masiva en el límite de la supervivencia y desatado su instrumental represivo casi sin control es, de acuerdo con lo que se intenta sostener en este trabajo, una consecuencia de no existir

políticas activas de ruptura. Pero el verdadero punto delicado de la cuestión es que tanto las viejas políticas ya disecadas como las nuevas e incipientes experiencias de trayectos políticos novedosos, vayan cayendo dentro de esta lógica, aunque su proyecto sea declarado emancipativo para hoy o para el futuro. Cuando para recibir los beneficio de un “Plan Trabajar” entregado por el Estado (aunque sea administrado por los mismos beneficiarios) se solicita a *cambio* el compromiso de una militancia o un corte de ruta, directamente se intercambia vida por política pero, por la naturaleza espuria de ese intercambio, lo único que se produce es un intercambio de un interés *interesado* por otro interés *interesado*. O sea, capitalismo puro.

La aporía, para las fuerzas políticas que proclaman el cambio, de este planteamiento del capitalismo en su etapa actual –y representa una de las causas de su eficacia– es que *el sistema neo-liberal es el único que hoy puede, efectivamente aquí y ahora, y sin cambiar en un ápice su feroz estructura, dar de comer a todos los hambrientos del mundo y transformarlos aún más en sus esclavos*. Puede construir un gran campo de sobrevivientes, en donde la biopolítica encontraría su plena realización.

Nunca serán demasiados los esfuerzos que se hagan para salvar la vida de un ser humano, pero de allí a edificar una política que ponga su prioridad fundamental en combatir la pobreza y paliar el hambre de las “víctimas” del orden mundial capitalista, es entregarnos antes de empezar la lucha. Pero no hay que pensar que la cosa es sencilla ni mucho menos. Es una experiencia reconocida masivamente que son los lugares en los que la desocupación, el hambre y el abandono reinan de manera feroz, donde se producen los focos de luchas y protestas. Una pregunta: ¿serán esos los lugares privilegiados para las nuevas políticas? Eso no se puede saber si no se toma la decisión de considerarlo así y poniéndose a trabajar. Pero el único trabajo político que concebimos como tal es aquel que pueda producir las condiciones para que la gente diga algo que rompa con la declaración que dice: “tengo hambre, ayúdeme”, que sólo tiene el valor de expresar directamente su situación. En muchos enclaves piqueteros hay experiencias valiosísimas en este sentido.

La nueva política, cueste lo que cueste decirlo, no se basa en la *necesidad* de alimentarse de los hombres, sino en la *posibilidad* de rebelarse que todos tienen.

Llegamos a la bío-guerra. Las relaciones entre Estados a nivel internacional tiene la virtud de ser un amplificador que permite apreciar con más “pureza” una trama más sutil que se da en enclaves más pequeños.

Lo nuevo que ocurrió en lo que se denomina la “guerra de Irak” es que puso en escena la liberación de la barbarie del puro poder enfrentando a otro poder tan huérfano de política como el primero. Una auténtica guerra de poderes desatados y sin otra ley que no sea la supremacía de la pura fuerza. Por un lado, el poderoso aparato técnico de guerra de los EE.UU. destruyendo las vidas de los habitantes de Irak y, por el otro, los comandos suicidas que transforman sus propias vidas en máquinas de muerte, plasman de manera ejemplar la esencia final de la *biopolítica*: la muerte.

Por eso se afirmaba al comienzo la desconfianza en los intentos de definir una política enlazándola con el bío (de la vida biológica). Aun cuando, como en el caso de Toni Negri o Paolo Virno, se quiera entender la vida como un enjambre de fuerzas



## Materiales de Discusión

creativas. Recordemos en este punto a Lacan que afirmaba que no hay pulsión de “vida”, sino que toda pulsión es siempre pulsión de muerte. Está la misma pulsión de muerte detrás del que busca empecinadamente la *felicidad* como del que busca la *aniquilación*. Traduzcamos esto: hay tanta pulsión de muerte en un *shopping* un domingo a la tarde como en las masacres de los bombardeos a Bagdad. Como Nietzsche, que decía: “*El hombre prefiere querer la nada a nada querer*”.

Los Estados Unidos, borrado todo vestigio de una política en su Estado; ocupado ese lugar por híbridos enunciados de raíz restauradora casi religiosa y por la salvaje ley de la producción económica capitalista; abandonando todo *universalismo* de una comunidad de Estados a favor de la lógica absoluta de una *parte*; y desbocado el uso de la fuerza instrumentado por mafias (halcones) que copan el poder (¿coyunturalmente?), justifican la invasión y la masacre de un pueblo sin armas únicamente por la *seguridad* de las *vidas* de sus habitantes. Llamemos a esta mortífera combinación entre *vida y seguridad*, la *bío-guerra*.